

NOTAS PARA LA RECEPCIÓN Y DIFUSIÓN DE JOYCE EN ESPAÑA. (LOS COMENTARIOS DE CRISTÓBAL DE CASTRO, 1932 Y 1949)

ANTONIO CRUZ CASADO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

La difusión de la obra de James Joyce en España es aún, por lo que hemos podido comprobar, un aspecto imperfectamente conocido, o al menos creemos que se carece de un estudio minucioso y definitivo que se ocupe de las traducciones y de las críticas suscitadas por el escritor irlandés, así como de otros muchos rasgos que se integran en la tendencia crítica que recibe el nombre de *Literaturwissenschaft*¹, más conocida como “estética de la recepción”². Bien es cierto que prácticamente todas las obras traducibles de Joyce han sido ya vertidas al español y que su influencia es perceptible en muchos de los novelistas españoles contemporáneos, pero nos parece que se han descuidado un poco determinadas referencias que afectan a la recepción joyceana en nuestro país.

Tal como se ha puesto de relieve en algunas ocasiones, las primeras noticias divulgativas sobre la obra de James Joyce son obra de Antonio Marichalar, que escribe una amplia aproximación, titulada “James Joyce en su laberinto”, en la *Revista de Occidente*, de noviembre³ de 1924; el mismo crítico ya lo había mencionado en otro artículo, aparecido en febrero del mismo año, señalando que este escritor, junto con Proust y Dostoievski, representaba lo más selecto y exquisito de la literatura de la época⁴, aunque estos autores sólo eran conocidos entre nosotros por una pequeña élite intelectual.

¹ Estudios iniciales de esta tendencia traducidos al español en Gumbrecht, Jaus, Weinrich, Kohler, Kuhn, Grimminger, *La actual ciencia literaria alemana. Seis estudios sobre el texto y su ambiente*, Salamanca, Anaya, 1971; tomamos el nombre alemán del estudio de Hans Ulrich Gumbrecht, “Presentación. La situación de la “Literaturwissenschaft” alemana: análisis y perspectivas”, *ibid.*, pp. 13-35.

² Cfr. P. Burger, U. H. Gumbrecht, P. U. Hohendahl, W. Iser, H. R. Jauss, K. Maurer, A. Rothe, K. Stierle, B. Zimmermann, *Estética de la recepción*, ed. José Antonio Mayoral, Madrid, Arco/Libros, 1987.

³ Cfr. Evelyne López Campillo, *La “Revista de Occidente” y la formación de minorías (1923-1936)*, Madrid, Taurus, 1972, p. 224.

⁴ Cfr. Luis Fernández Cifuentes, *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, Madrid, Gredos, 1982, p. 294.

En el artículo más extenso, Marichalar señala que Joyce, de la misma manera que los dos autores mencionados, representa “lo inacabable, lo monstruoso”⁵, y comenta que se está traduciendo al español la primera novela del escritor, que aparecería el año 1926 con el título de *Retrato del artista adolescente*, en la editorial Biblioteca Nueva, cuyo traductor, Alfonso Donado, esconde, como se sabe, a Dámaso Alonso. Esta traducción fue también objeto de comentario en las páginas de la *Revista de Occidente* por parte de Benjamín Jarnés, en la reseña “James Joyce: el artista adolescente”, aparecido en septiembre de 1926. Algunos años después, en 1933 y en la misma publicación periódica, se incluye un largo artículo del psicoanalista Carl Gustav Jung, titulado “Ulises”, de gran interés, sobre el que volveremos.

Por otra parte, es posible que en 1925 algunos intelectuales españoles coincidiesen personalmente con Joyce en París, donde tuvo lugar el Congreso Internacional de los PEN Clubs; entre estos escritores españoles, o de expresión hispánica, se encontraban Enrique Díaz-Canedo, Miguel de Unamuno, el mejicano Alfonso Reyes, o Andrés García de la Barga, más conocido como Corpus Barga. De la misma época es la breve correspondencia de Dámaso Alonso con Joyce, cuya obra estaba traduciendo; el primero había tomado contacto con la obra de Joyce en 1924, cuando se encontraba en la Universidad de Cambridge enseñando literatura española⁶. Al respecto se ha señalado cierta afinidad mental y estética entre Dámaso Alonso y el protagonista de la novela, por estos años de 1923-1925, en los que el crítico español se encontraba en la universidad inglesa, durante dos cursos como lector de español; precisamente en torno a estas fechas descubriría también a Góngora y la injusticia secular que se había cometido contra el poeta cordobés⁷.

Tras la aparición del *Retrato del artista adolescente* aumenta el interés por la obra del irlandés; Cristóbal de Castro, en un artículo aparecido en la revista *La Esfera*, correspondiente al 23 de enero de 1926, señala que ya ha leído⁸ el *Ulises*

⁵ *Ibid.*

⁶ Es un tema bien estudiado en María J. Crespo Allúe y Luisa F. Rodríguez Palomero, “A Portrait of the artist as a Young Man, su traducción y Rosa Chacel”, en *James Joyce. Actas/Proceedings. Simposio Internacional en el Centenario de James Joyce*, Sevilla, Universidad, 1982, pp. 67-85; las autoras tuvieron la oportunidad de consultar algunos datos con el propio Dámaso Alonso.

⁷ Véase con relación a estos datos Ángel Zorita, *Dámaso Alonso*, Madrid, Epesa, 1976, pp. 34-39.

⁸ La afirmación corresponde al propio Castro y la recoge algún crítico posterior; así lo manifiesta Luis Fernández Cifuentes, *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, p. 294. El artículo, aparecido en *La Esfera*, (año XIII, n.º 629, de la fecha indicada), se titula “De la vida que pasa. Otro fenómeno literario: Joyce” y es, en esencia, el mismo que se recoge en su libro *Vidas fértiles*, 1932; sin embargo, aparece en la publicación periódica una pequeña introducción titulada “De Pirandello a Joyce”, en la que se indica: “De Joyce dimos nuevas sucintas en *La Libertad*, hará unos tres meses, en el artículo *Novísimos*. Eran simples noticias biográficas, breves referencias de crítica. Hoy, después de leer *Ulyses*, su obra maestra, vamos a estudiar personalidad tan robusta directamente, en función de su fama universal, que se revela al borde de los cincuenta años, y de su originalidad literaria, que se cifra en refundir caracteres homéricos”. Afirma Castro, como se ve, que ha leído el *Ulises*, lo que es poco probable; algo distinto es que lo conociese (argumento, personajes, características, etc.) por medio de otros artículos divulgativos, quizás los del italiano Carlo Linati, a quien menciona, a los que habría tenido acceso. Una referencia a este traductor de algunas obras de Joyce al italiano en Francesca Romana Paci, *James Joyce. Vida y obra*, Madrid, Península, 1970, p. 241. En el artículo de *La Esfera* hay alguna errata en el nombre del novelista, (Sames,

para esa fecha, cosa que nos parece poco probable; también se hacen eco de la obra joyceana Ernesto Giménez Caballero, que publicaría unos fragmentos del *Ulises* en el número de *La Gaceta Literaria*, del 1 de noviembre de 1927, y de nuevo Benjamín Jarnés, en otro artículo de la *Revista de Occidente*, octubre de 1927, en el cual critica veladamente, sin mencionarlo, a Joyce: “La novela monólogo –escribe– es fruto de ese tumor que les nació a los novelistas mal avenidos con el mundo, tumor que suele ser llamado pomposamente “vida interior”, y que no suele ser otra cosa que reuma, arabescos de la propia imitación, flojedad de los músculos para salir a ver la gente”⁹.

Ahora bien, ¿quién es y qué aporta Cristóbal de Castro a la difusión de James Joyce en España?

El escritor Cristóbal de Castro ha empezado hace poco tiempo a ser estudiado y editado con la necesaria seriedad¹⁰ y en él se deja traslucir una personalidad sorprendente y abarcadora. Nacido en Iznájar (Córdoba), en 1874, y fallecido en Madrid, el último día del año 1953, su vida se extiende en un período de tiempo similar al de algunos escritores del 98 (por ejemplo, Antonio Machado nace en 1875 y fallece en 1939; Azorín, nacido en 1873, fallece en 1967). Cuando en la actualidad se le menciona en algunos estudios y diccionarios de literatura española, se le suele asociar a la promoción de escritores que cultivaron la novela corta a raíz de la fundación de *El Cuento Semanal*, aunque también publicó y estrenó diversas obras de teatro, (adaptaciones de clásicos españoles y extranjeros, y también algunas producciones originales), y dio a las prensas de manera casi ininterrumpida obras de la más variada tipología: libros de ensayos, varias colecciones de poesía, numerosas traducciones de novela y de teatro, antologías de índole muy diversa, así como una gran cantidad de artículos periodísticos, aún no catalogados. Fue este último aspecto, su ingente labor como periodista, la que le

por James), pero a su vez se encuentran parcialmente corregidos algunos errores que luego se localizan en el libro *Vidas fértiles*, como el apellido de Silvia Beach (correcto) o la referencia a la *Little Review*, por *Review*.

⁹ Citado en *ibid.*, p. 295, al igual que las referencias a Giménez Caballero. Por su parte, Emilia de Zuleta, *Arte y vida en la obra de Benjamín Jarnés*, Madrid, Gredos, 1977, pp. 128-129, escribe: “Un maestro español reconocido por Jarnés en este aspecto, deja su impronta en esta selección y reconstrucción de la realidad: Ramón Gómez de la Serna. Por supuesto, se percibe también su amplia familiaridad –documentada, además, en su obra crítica– con los grandes maestros de la nueva novela europea: Aldous Huxley, James Joyce y, sobre todo, Jean Giraudoux”.

¹⁰ Nos hemos ocupado de su figura y su obra en diversas aportaciones: “La guerra civil en Iznájar: versión novelesca de Cristóbal de Castro”, en *Temas de Iznájar*, Córdoba, Diputación Provincial, 1991, pp. 67-100; “La temática andaluza en la poesía de Cristóbal de Castro”, en *Hablas cordobesas y literatura andaluza*, ed., Manuel Galeote, Granada, I.C.E. de la Universidad de Granada, 1995, pp. 39-56, y Cristóbal de Castro, *Poesía lírica*, edición, introducción y notas de Antonio Cruz Casado, Córdoba, Diputación Provincial/ Iznájar, Ilmo. Ayuntamiento, 1996. Son estudios y ediciones importantes los de Juan Luengo García, “Cristóbal de Castro, novelista andaluz”, *Axarquía*, 9, 1983, pp. 99-115; Juan Luis Luengo Almena, “Un teatro modernista: Gerineldo”, *Actas del Congreso Internacional sobre el Modernismo español e hispanoamericano y sus raíces andaluzas y cordobesas*, ed. Guillermo Carnero, Córdoba, Córdoba, Excma. Diputación Provincial, 1987, pp. 427-430; Manuel Galeote, “Algunas notas sobre el novelista Cristóbal de Castro (1874-1953)”, *Angélica. Revista de Literatura*, 3, 1992, pp. 143-152; Cristóbal de Castro, *Luna, lunera..., Fifita, la muchacha en flor, Mariquilla, barre, barre...*, ed. Manuel Galeote, Granada, Ilmo. Ayuntamiento de Iznájar, 1992, así como la memoria de licenciatura del profesor Juan Luengo García, *Cristóbal de Castro, esbozo de su vida y su obra*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1980 (inédita).

permitió sobrevivir en el Madrid de la primera mitad del siglo XX, donde llegó a ser una personalidad respetada y temida en ocasiones, sobre todo como crítico de teatro.

Entre la extensa y aún poco conocida obra crítica de este escritor, se encuentran diversos volúmenes de carácter biográfico; en ellos se pasa revistas a figuras fundamentales de la historia y de la literatura, como Dante, Cervantes o Joyce. Concretamente sobre este último incluye dos aproximaciones de extensión media, ambas tituladas "Joyce o el periplo", en sendos libros de 1932 y 1949, titulados respectivamente *Vidas fértiles* y *Genios e ingenios*, con los que colabora en la difusión de la imagen del escritor irlandés en España, en una época que no se caracteriza precisamente por prestar especial atención a la cultura extranjera contemporánea; son éstos los años previos a la guerra civil y, sobre todo, la inmediata posguerra, tan pobre en bienes materiales y en horizontes culturales. Tras la traducción de Dámaso Alonso de *A portrait of the Artist as a Young Man*, con el nombre de *Retrato del artista adolescente* (1926), como hemos señalado, se produce un amplio intervalo de tiempo durante el cual sólo algunos estudios divulgativos, como los mencionados de Cristóbal de Castro, que sobrepasan el carácter un tanto efímero de la publicación periódica y se recogen en libros, mantienen en contacto al interesado español con la vida y la obra de James Joyce.

Veamos con algún detalle la aportación que hoy recordamos. La recopilación de artículos de Castro aparecida en 1932 tiene el título de *Vidas fértiles* y abarca treinta y siete semblanzas de otros tantos personajes universales, fundamentalmente escritores, aunque también están presentes pensadores, como Costa, y no faltan representantes de la música (Albéniz), la pintura (Julio Romero de Torres), la ciencia (Cajal) o la política (Mussolini, Stalin, Hitler). El mundo de lengua inglesa está representado por George Washington, Heribert Asquith, Oscar Wilde, Bernard Shaw y James Joyce. A cada uno de ellos se le asigna un apelativo significativo: Oscar Wilde o el espejo, Bernard Shaw o el guiño, Joyce o el periplo.

La palabra característica que califica a Joyce se refiere a uno de los componentes fundamentales del *Ulises*, en el que se recrea, como sabemos, el amplio periplo del viajero homérico. El texto de Castro, de unas nueve páginas, ofrece un desarrollo cronológico bastante completo de la personalidad del escritor irlandés, y está integrado por pequeños capítulos, cuyos títulos nos dan una idea de su contenido: "Un autor en busca de editores", "Bernard Shaw, escandalizado", "Licencia y ejemplaridad", "Ulysses o la madurez".

De entrada, hay que situar a Castro entre los críticos y lectores españoles favorables al autor del *Ulises*; el mismo hecho de ocuparse de él y de incluirlo en un libro en el que figura lo más selecto de la cultura occidental (Dante, Cervantes, etc.) ya es un claro indicio de ello; pero además el crítico cordobés intenta un acercamiento comprensivo al autor y a su obra.

Se ocupa, al principio, de ciertos rasgos biográficos (hijo de burgueses católicos, estudia con los jesuitas, buena formación clásica, conocedor de Homero, Virgilio, Ovidio, carácter retraído, traslado a Suiza, etc.) que completa con su carrera literaria: aparición de *Chamber music*, 1907, *Dublineses*, 1908, *Desterrados*, *Retrato de un joven artista* y *Ulises*, 1920, son los libros que menciona y con

los títulos citados. Hace, a continuación, un somero análisis de cada uno de ellos, insistiendo con frecuencia en lo anecdótico.

De esta forma, afirma que *Chamber music* está compuesto de canciones galantes o bucólicas, de fina elegancia, que evocan el gusto isabelino de Pope, a pesar de que no tuvo mayor consideración entre el público o la crítica; de *Dublineses* dice que está integrado por cuentos fantásticos, escenas provincianas y evocaciones de la niñez, influido por Flaubert y Maupassant, y recuerda los problemas con su editor porque en la colección se emiten juicios humorísticos sobre la Reina Victoria y Eduardo VII; señala también que el editor hizo una edición de tirada muy corta y que todos los ejemplares fueron comprados por una sola persona, quizás algún enviado del rey Jorge V, al que había consultado previamente a su publicación, aunque el rey le “contesta amablemente que no puede [decidir nada], que se lo prohíbe el protocolo”¹¹. Señala igualmente que *Exiles (Desterrados)* tuvo problemas con la censura, puesto que se trata de un “drama audaz, pintoresco, sutil, donde con libertad de ideas y lenguaje se plantea el problema de la igualdad sexual en el matrimonio” (p. 212). De manera que Castro la define como una mezcla de *La lozana andaluza*, de Francisco Delicado, y de *La sonata a Kreutzer*, de León Tolstoi, un tanto en la línea de la novela picaresca que, al decir de Castro, Joyce conocía muy bien. Añade que Chesterton estimó pornográfico el drama y que no pudo estrenarse en Londres, sino en Munich, donde asistió como espectador el dramaturgo Bernard Shaw, irlandés como Joyce, el cual salió escandalizado de la representación¹²; al respecto recuerda Castro que también Shaw tiene obras de factura parecida a *Exiliados*, como *La profesión de la señora Warren*.

A continuación se ocupa de la novela *A portrait of the Artist as a young Man*, a la que llama *Retrato de un joven artista*, en la que Joyce refleja, siempre según Castro, “la evolución de su infancia en los jesuita de Dublín, de su adolescencia enamorada, de las iniciaciones sexuales” (p. 213). Y habla seguidamente de otro

¹¹ Cristóbal de Castro, *Vidas fértiles*, Madrid, Castro, 1932, p. 211; las restantes referencias en el cuerpo del trabajo, mediante la indicación de página.

¹² Al parecer, tampoco tenía buena opinión acerca del *Ulises*, según una entrevista publicada en la *Revista de Occidente*, en marzo de 1925: “¿Hay algún ensayo sobre la vida sexual que pueda servir a la moral del pueblo? La mayoría de las gentes que condenan el *Ulysses*, si pensasen en ello, en su propia situación, habrían de decir que no. Y esta respuesta les convencería de un golpe de su insensatez. *Ulysses* es un documento, el resultado de la pasión por la documentación, tan esencial como la pasión artística; en realidad, más aún. El documento es la raíz y tronco de que brotan las estructuras de la imaginación en el arte. Joyce se sintió impulsado por su demonio de la documentación a escribir lo que ocurre durante un día en el pensamiento y en las sensaciones de un joven de Dublín. La cuestión está en si es auténtico el documento. Si después de leídos un par de fragmentos yo respondo que temo que lo sea, puede usted levantarse y pedir que Dublín sea barrido de la superficie de la tierra. Pero esto no quita fuerza al documento... Yo no puedo comprender una cura moral ni corporal sin descubrir lacras. Librese usted de las suciedades que Joyce describe y dramatiza, y se verá usted libre de *Ulysses*”, apud Evelyne López Campillo, *La “Revista de Occidente” y la formación de minorías (1923-1936)*, op. cit., pp. 107-108. Más duras son las palabras que el mismo Bernard Shaw dedica a la obra en otro lugar: “Es el documento nauseabundo de un desagradable estadio de la civilización; pero es un documento verdadero; y a mi me gustaría cercar Dublín, encerrar en ella a todo varón de los quince a los treinta años, obligarles a leerlo y preguntarles si veían en el espejo algo divertido en medio de todas aquellas sucias indecencias, de aquellas asquerosas y ofensivas obscenidades”, apud Francesca Romana Paci, *James Joyce. Vida y obra*, op. cit., p. 258.

volumen, *Dédalo*, en el que “se acentúa el colorido externo y sorprendente del poder detallista, miniaturista” (ibid), señalando de paso que esta forma de narración está más en la línea fina y vigorosa de Dostoievski que en la delirante e inconexa de Marcel Proust.

Dedica más espacio al *Ulises*, definido como la obra maestra de Joyce, y recuerda también los problemas que tuvo con la censura: la publicación por capítulos en la *Little Review* [sic, por *Review*], de Nueva York, el secuestro de la revista en el segundo capítulo, la publicación en París de la misma, en 1920, gracias a Silvia Beads [sic, por Beach], etc. Justifica el sentido de la novela con palabras del mismo Joyce y hace un análisis de la misma, no muy profundo, pero un tanto ambiguo, en tanto que no sabemos exactamente si conoce directamente la novela o no; algunos detalles parecen indicar que sí pudo conocerla, como cuando habla de que la novela tiene “párrafos interminables [y que] alguno, como el monólogo de Molly, la mujer del protagonista, llena ¡más de cuarenta páginas seguidas, sin hacer punto!” (p. 216), detalle que le evoca características parecidas en la narrativa de Dostoievski más que en la de Proust, con la que se le ha asociado de manera más habitual.

Recuerda los rasgos generales del argumento: la descripción minuciosa de un día vulgar de un hombre vulgar, Leopoldo Bloom [el texto indica Blossom, quizás por errata], en la ciudad de Dublín, desde las ocho de la mañana a las tres de madrugada; lo describe desde que se levanta, cuando saluda a su mujer, que está aún adormilada, cuando entra en la cocina, cuando se asea lavándose con jabón, etc. Luego, añade, lo seguimos en la carnicería, en el mercado, en el baño, el entierro, la cervecería, el restaurante, la biblioteca pública, el bar del hotel, la incluida, finalmente deambulando por los suburbios, en los que se encuentra con su amigo Esteban, con el que pasa las últimas horas de la jornada.

“La fábula, dice textualmente, es banal, vulgar; pero el arte, agudo y sutil con que Joyce penetra los más ocultos pensamientos de Ulyses [sic], está detallado, analizado, enriquecido fabulosamente por una enormidad de personajes, incidentes, descripciones, divagaciones humorísticas o únicamente pedantescas, visiones y emociones de una originalidad estupenda.

Sus páginas se animan con disertaciones filosóficas, teológicas, de crítica literaria, de sátira política, de Historia, de bufonerías, que producen en el lector una sensación de emoción y grandeza” (p. 217).

La fuente de sus juicios, puesto que no hay indicios claros de una lectura directa del original inglés o de alguna traducción a otra lengua, pudieron ser los artículos de Carlo Linati, traductor de Joyce al italiano, al que se cita de manera textual en varias ocasiones: una a propósito de la calificación del escritor como autor pornográfico¹³, cosa que rechaza, otra al hablar del monólogo inte-

¹³ “Algunos críticos superficiales –observa el agudo Carlos Linati– han tildado, sin más razón, a Joyce, de pornográfico. Ciertos episodios pueriles en “Dédalo” y algunas pinturas de interiores en los suburbios de Berlín [sic, por Dublín], le justificaron de tal, en apariencia. Porque leyéndolo en conjunto, sin prejuicio, se advierte que Joyce no cultiva la lascivia por la lascivia, como un Baffo o un Delicado (alude al arcedianio español, autor de “La lozana andaluza”) [suponemos que este inciso debe ser obra de Castro]. Tales escenas y episodios, ocupan en su obra el mismo plano artístico de intención moral y eficacia representativa, que los episodios y escenas de candor y sencillez” (p. 214).

rior¹⁴; además tiene en cuenta determinadas declaraciones del propio Joyce acerca de la intención del libro: “Es –nos confía el propio autor– la epopeya de dos razas (Israel-Irlanda); el ciclo del cuerpo humano y también la historia de un día.

Siete años llevo trabajando en este libro. ¡Una enciclopedia! Mi propósito fue reducir el mito “sub specie temporis nostris” y lograr que cada aventura (esto es, cada hora, cada órgano, cada arte conocido), crease su propia técnica.

Ningún impresor inglés ha querido imprimir ni una sola palabra de mi novela. En América, la revista que comenzó a publicarla, fue secuestrada.

Ahora se organiza un poderoso movimiento contra su aparición: puritanos, imperialistas ingleses, republicanos irlandeses, católicos. ¡Qué mezcolanza!” (pp. 215-216).

Termina Castro considerando, en juicio que creemos acertado, que la validez de la obra de Joyce reside en la expresión verbal de la misma (“Es algo semejante a lo que nos ocurriría a cada uno de nosotros en el curso de nuestra jornada, si la evocásemos antes de dormir. Una desesperada carrera de cosas, de palabras, de citas, de sensaciones, mezclada en una larga fila gris e igual”, p. 218), así como en el carácter simbólico de la peregrinación, que reproduce la del Ulises homérico y también por la vuelta a la cultura clásica: “Joyce alcanza la celebridad mundial, termina Castro, no por gracia de una juventud iconoclasta, sino por obra de una madurez cultísimas” (ibid.). Como puede observarse, los juicios del crítico sobre el novelista son, en su mayor parte, correctos y tienen aún cierta vigencia.

Aun cuando no se trate de una aportación del escritor iznajeño que hoy llama nuestra atención, nos parece interesante reseñar que un poco después de la aparición de este libro, en 1933, se publica en la *Revista de Occidente* un ensayo del importante psicoanalista Carl Gustav Jung en torno al *Ulises*, que sin duda colaboró en la difusión del conocimiento que tuvieron entonces los intelectuales españoles sobre la obra de Joyce. El psicólogo reacciona contra el novelista, aunque considera que tiene interés para muchos contemporáneos, y señala que siente asco ante la obra, comparándola sucesivamente con una tenia, un gusano, una charca y un estercolero; este asco procede del vacío asfixiante que le produce la obra, del nihilismo infernal que en ella se expresa y del universo novelesco al que califica de pétreo inframundo¹⁵. (Comparemos, aunque sólo sea por un mo-

¹⁴ “Lo que desconcierta y asombra al leer “Ulyses” aduce Linati-, es que los pensamientos y acciones del protagonista, no se destacan en plano aparte, sino que están mezclados, con un método verdaderamente singular, en una especie de paréntesis, donde los actos del personaje se abren y cierran por un monólogo interior” (p. 217); creemos que es una de las primeras documentaciones en español de tal término, monólogo interior (stream of consciousness), con el sentido exacto que tiene; de tal manera que puede pensarse que, hacia 1926 puede fijarse como fecha probable (aunque hay que examinar también en este sentido los artículos de Antonio Marichalar, Benjamín Jarnés o Ernesto Giménez Caballero), puesto que este artículo en reedición de 1932 apareció antes en *La Esfera*, como hemos indicado. No hemos localizado una datación acerca de la introducción de este concepto en la crítica literaria española en el libro, por otra parte interesante, de Silvia Burunat, *El monólogo interior como forma narrativa en la novela española (1940-1975)*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1980; tampoco se encuentra el dato que perseguimos en el capítulo “El monólogo interior” del libro de Feliciano Delgado, *Técnica del relato y modos de novelar*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1973, pp. 47-60.

¹⁵ Para estas opiniones, Cfr. Evelyne López Campillo, *la “Revista de Occidente” y la formación de minorías (1923-1936)*, op. cit., pp. 106-107, de quien tomamos las ideas fundamentales, puesto que no hemos tenido acceso directo, por el momento, al artículo de Jung.

mento, los juicios positivos de Castro con los del importante psicoanalista). Además, señala Jung, que en la obra se advierte la expresión del inconsciente colectivo, uno de los conceptos fundamentales de su sistema psicológico, pero considera que en la narración no se advierte la presencia del autor, puesto que no hay un filtrado lógico y ético del sistema de valores imperante. Termina considerando el *Ulises* como una retorta, en la que se destila el homúnculo de una nueva conciencia universal.

Pero volvamos al crítico cordobés. El siguiente ensayo de Cristóbal de Castro en torno a Joyce, aparecido en su libro *Genios e ingenios*, de 1949, y también titulado "Joyce o el periplo", repite en gran parte lo expuesto en el anterior, pero tiene una motivación distinta: la muerte del escritor irlandés. En consecuencia, su primera redacción hay que situarla en torno a 1941, puesto que Joyce fallece el 13 de enero de ese año, en Zurich, y como el anterior artículo tiene un carácter divulgativo y un estilo periodístico acentuado. En él Castro se hace eco del relativo olvido en que ha caído su figura, así como de la polémica que motivó la aparición del *Ulises*. Al respecto escribe: "Ha fallecido en estos días James Joyce, para nacer en estos días. Era un triunfador olvidado, un muerto resucitado ahora por la Muerte. Ha tres lustros, su *Ulises* fue como la piedra en la charca. Alzó oleajes de polémicas, de interviús, de fotografías en Ambos Mundos. Poco después, Joyce, el "Tímido audaz", abandonado por la audacia, se refugió en la timidez. Cincinato de la imagen, Cándido que, en vez del lozano jardín, cultiva la aridez del sanatorio, es un terrible ejemplo de *Mors in vita*. Traicionado por la Fama como por una amante, es acogido por la Muerte como por una madre... Suiza, que lo acoge en la infancia y lo educa en la adolescencia, torna a verlo en la madurez y a asistirlo en la enfermedad. Y en el sanatorio se produce la facecia del Aniversario. Sorteo entre la Muerte anticipada y la Fama póstuma"¹⁶.

El artículo tiene el mismo título que el anterior, "Joyce o el periplo", como hemos señalado, y los apartados del mismo son prácticamente idénticos en ambos, salvo alguna adición en el más reciente; de esta forma encontramos los titulillos "Facecia del aniversario", "Un autor en busca de editores", "Bernard Shaw, escandalizado", "Licencia y ejemplaridad", "Ulysses o la madurez", "Proust y Joyce, aviso de iconoclastas". El mismo libro, *Genios e ingenios*, que contiene el trabajo es, en líneas generales, bastante parecido al anterior, pero de él ha ido eliminando figuras y referencias previas que en ese momento, en 1949, ya ofrecen poca o ninguna actualidad; de esta manera, de las figuras de habla inglesa que mencionábamos en el otro, sólo quedan tres: George Washington, Oscar Wilde y James Joyce.

Con todo, aunque en el cuerpo del artículo se repitan textualmente la mayoría de las apreciaciones e ideas del anterior, se constata ya, sobre todo al final del texto, la indudable proyección futura que tendrá el novelista irlandés, al contrario de lo que parece ocurrir con Marcel Proust, el cual, según opinión de Castro, ofrece menos interés cada día.

En resumen, nos parece que la aportación de Cristóbal de Castro al conocimiento y divulgación de la obra y la figura de James Joyce en España no es un

¹⁶ Cristóbal de Castro, *Genios e ingenios*, Madrid, Editora Nacional, 1949, p. 165.

dato completamente desdeñable, independiente del conocimiento exacto que este crítico pudiera tener sobre tales temas y de las fuentes directas o indirectas que pudo consultar. La difusión un tanto efímera de su labor periodística, así como la posterior recopilación en libros de los artículos mencionados, son hechos incontrovertibles que resultan indicativos de ciertas perspectivas que el tiempo se ha ido encargado de cumplir: el interés universal que ofrece la obra joyceana, algo que Castro pudo pensar al seleccionarlo entre tantos otros autores y situarlo, junto con otros grandes innovadores, como objeto de atención preferente.